

Una aproximación a nuevas formas de organización social desde el concepto de <i>mero estar</i> de Rodolfo Kusch	
VI Jornadas Estudiantiles de Filosofía "Filosofía, marginalidad y protesta social" 15, 16 y 17 de septiembre de 2005 - Facultad de Humanidades - Universidad Nacional del Nordeste	por Maximiliano Román Estudiante de Licenciatura en Filosofía

La historia de nuestra América es una historia de imposición. El hilo conductor de esta historia es la violencia, que se ejerció y aún se ejerce de diversas formas según los requerimientos de los tiempos. Pero esta violencia tiene una raíz más profunda: proviene de la necesidad de implantar un modelo extraño, una forma de vivir que no surge de las exigencias propias de la gente que habita nuestro suelo.

Por ello, la historia de nuestra América es también una historia de resistencia. En un camino paralelo al de la imposición, subsisten distintas formas de resistir las exigencias ajenas. Para hacerlo, es menester encontrar lo más propio y originario que tenemos. Por eso, es este sendero el que nos llama a buscarnos a nosotros mismos. Y es justamente ahí donde la filosofía puede encontrar las fuentes de las cuales abreviar y que son, al mismo tiempo, aquellas en donde encontraremos la respuesta a eso que somos.

Pero en esta búsqueda, surge un peligro inmediato: ¿cómo trascender la mirada nostálgica de nuestro pasado americano? ¿Cómo hacer para no quedarse en su mera idealización y así cerrar los ojos y resignarnos ante una actualidad que nos es adversa? Es posible, aunque difícil, evitar este riesgo. Para ello es tan necesario como encontrarnos con nuestro pasado, asumir nuestra condición actual, conjugando ambos a fin de encontrar nuestro auténtico modo de ser.

En la obra de Rodolfo Kusch podemos encontrar algunos elementos que nos sirvan para pensar cómo llevar a cabo esta conjunción. Tomaremos como referencia principal, su libro *América profunda*.

Kusch parte de una concepción del hombre como esencialmente expuesto a la *ira de Dios*. Esta ira consiste en un miedo originario que, como especie biológica, el hombre sufre ante todo lo inhumano, representado por la indomable naturaleza y la posibilidad constante de que nos arrebathe la vida. De la manera en que el hombre intenta solucionar este miedo, deriva su modo de estar instalado en el mundo. Así, surgen las dos formas que adquiere la experiencia vital humana: *mero estar* y *ser alguien*.

Mero estar hace referencia a la forma de concebir al mundo y de concebirse a sí mismo propia del nativo americano. Kusch la esquematiza a partir del análisis de las creencias de los indígenas andinos. El quechua se concibe a sí mismo como arrojado en un mundo adverso en el que existen fuerzas antagónicas que él no maneja, pero de las cuales depende para sobrevivir. Por eso, su cultura consiste en una serie de estructuras orientadas a administrar las energías con el propósito de asegurar la supervivencia de toda la comunidad (*economía de amparo*). Para solucionar el miedo a la ira divina, el indígena no recurre a la acción sino a una fuerte identificación con el ambiente: abrevia de su interioridad, donde se encuentra la conjuración mágica que le permite entrar en diálogo con las fuerzas de la naturaleza y torcer el azar para que favorezca la consecución del fruto. Esta actitud

eminentemente estática es la que Kusch denomina *mero estar* del sujeto que es afectado por un mundo en el que conviven los opuestos.

Ser alguien, en cambio, es el modo de vida del hombre occidental, propio "del sujeto que afecta al mundo y lo modifica (...) es una solución que crea hacia fuera, como pura exterioridad, como invasión del mundo como agresión del mismo y, ante todo, como creación de un nuevo mundo." El europeo utiliza la técnica y la teoría para construir una "segunda naturaleza", la ciudad. En ella la *ira del hombre* se opone a la ira divina, puesto que es el sujeto quien impone un orden artificial apoyado en los objetos que crea y que funcionan como sucedáneos de los elementos naturales. La supervivencia de la comunidad ya no aparece como lo primordial, se implanta una *economía de desamparo* en la cual los individuos quedan librados a su propia suerte. Este posicionamiento dinámico del hombre ante el mundo arraiga en la negación de lo otro, en la creencia de que es posible eliminar lo opuesto mediante la acción, dejándolo del otro lado de las murallas de la ciudad.

El encuentro de estas dos concepciones de mundo se produce en la conquista y colonización de América. La concepción occidental, representada por la burguesía emergente del siglo XV, se traslada junto a los colonizadores y se impone a la concepción indígena americana. Sin embargo, no por eso desaparece el miedo originario a la ira divina. Es más, en todos los órdenes, excepto el material, se produce un fenómeno que Kusch llama *fagocitación*: la solidez de la cultura indígena, que "carece de referencias trascendentes a un mundo de esencias y se da en ese plano del mero darse en el terreno de la especie", hace que el *mero estar* permanezca subyaciendo al *ser alguien*, debido a su falta de consistencia vital, a su sustento en los objetos que construye para intentar erradicar el miedo. En fin, por que *ser alguien* es una mera construcción realizada con el objeto de crear un ámbito de pulcritud que excluya todo posible "hedor" del *mero estar*. La fagocitación produce, en América, la *paradoja de ser alguien*: mantenemos sus estructuras sospechando de su debilidad y por eso cubrimos la falta de contenidos con un exceso de forma, demostramos pomposamente nuestra pulcritud porque sentimos el "hedor" en lo más profundo de lo que somos. ¿Cómo es posible, entonces, mantener esta ficción? El *ser alguien* es parte de la historia de imposición. Como tal, utiliza la violencia, unas veces mas sutilmente que otras, para mantener su vigencia, escondiendo su paradoja y excluyendo a todo lo opuesto. Pero esto sólo es posible en tanto se cuente con los objetos que nos aíslan de la naturaleza y reprimen nuestro miedo a la ira divina. Es decir, puede llevarse adelante entre la minoría que cuenta con los recursos necesarios para rodearse de objetos, pero demuestra su falsedad en aquellos sectores de la población que carecen de ellos. En los que quedan excluidos de la sociedad, la vida como *ser alguien* es imposible. Por eso, el excluido social recurre a la forma de vida originaria de la especie, el *mero estar*.

La población excluida de la sociedad ha experimentado un vertiginoso aumento desde mediados del siglo XX debido a la aplicación de las políticas neoliberales. La exclusión masiva y continua es un problema estructural que sólo se entiende al analizar nuestra sociedad como un lugar de imposición del *ser alguien*. Sus rasgos se presentan hoy en la gran acumulación de capital en pocas manos, el desempleo, la segregación y el hiperindividualismo. Los derechos negados a los excluidos, no son meros privilegios sino que constituyen los principios vitales para la supervivencia humana (vivienda, alimentación, salud), como así también, aquellos

que permiten la inserción en la vida sociocultural (educación, trabajo, derechos políticos y civiles). Como consecuencia, a principios del siglo XXI, una gran parte de la población americana vive en la indigencia, como excluido social. Como vimos, este sector de la población vive constantemente en el *mero estar*, expuesto a la ira divina. Pero en su lucha por la vida, sufren una marginación que no es solo económica sino también social y cultural, y que los pone en desventaja respecto a las condiciones del *mero estar* propio de los nativos americanos. Los excluidos ya no dependen de la conjuración mágica para obtener los alimentos de la tierra. Ni siquiera cuentan con una parcela que cultivar ni con una comunidad que los ampare. ¿Cómo superar entonces esta situación? Kusch lo vislumbra en el advenimiento del peronismo, con las masas en el poder. Sin embargo, las masas que Kusch concebía eran las masas de obreros, agrupados en sindicatos, con cierto nivel de instrucción y condiciones de vida mínimas. En la actualidad, en cambio, las masas proletarias han sido reducidas y sus miembros han pasado a engrosar las filas de una masa de excluidos, sin organización oficial, sin acceso a la educación y sin tener asegurado el sustento diario.

Pero, como dijimos, la historia de América es también una historia de resistencia. Hacia fines del siglo XX surgen en todo el mundo lo que algunos sociólogos denominan "nuevos movimientos sociales." Estos movimientos se diferencian de los "antiguos" por responder a un nuevo patrón de valores: ya no intentan apropiarse de las estructuras sociales establecidas con el objeto de imponer una nueva visión de totalidad sobre el adversario; al contrario, cuestionan las bases de la sociedad industrial y su desarrollo inexpugnable, sin imponer una visión totalizadora ni distinguir claramente un oponente. Entre los nuevos movimientos sociales, aquellos llamados "comunitarios" presentan muchos de los rasgos que Kusch adjudica a la forma de vivir como *mero estar*. Ante todo, se estructuran a partir de un espacio territorial definido, muchas veces expropiado al Estado o a propietarios privados, que debe ser defendido de las medidas represivas ejercidas por las fuerzas de seguridad. Esto genera el sentimiento de pertenencia colectivo que permite la supervivencia del grupo y que Kusch calificara como *estar aquí*. Los esfuerzos se orientan, principalmente, hacia dos direcciones que avanzan gracias a sus relaciones recíprocas y su base de solidaridad y cooperación. Por un lado, se intenta recrear una identificación con el ambiente y con la comunidad: los miembros del grupo se asumen como individuos que han sido excluidos por una sociedad de la que no pueden esperar soluciones, pero ante la que deben sobrevivir cultural y moralmente. En contraste con el "hiperindividualismo" del *ser alguien*, surge el compromiso con una *economía de amparo* para salvaguardar la subsistencia comunitaria. Por otro lado, se procura la obtención de medios de subsistencia básicos (refugio, alimentos) como los únicos necesarios para la vida, ahora concebida como el simple hecho de ser "una comunidad de machos y hembras que persiguen el fruto." Los objetos ya no constituyen el móvil principal de la existencia y se muestran en su verdad: como construcciones subjetivas, como meros sucedáneos. De este modo se completa la *fagocitación*: las estructuras del *ser alguien* ya no son necesarias.

Sin embargo, este modo de vivir no se intenta imponer al resto de la sociedad. La *sabiduría* del *mero estar* demuestra que no existe una visión totalizadora, porque los opuestos no pueden anularse. Por el contrario, la vida sólo es posible en la conciliación de fuerzas antagónicas. En su interioridad, y no en la imposición externa, cada hombre debe encontrar su auténtico modo de ser, el equilibrio cambiante que le permite sobrevivir.

Tanto el indígena como el excluido, abrevan del *mero estar* en su búsqueda por resistir a una forma de vida impuesta cuya ficción queda en evidencia para la *sabiduría de América*. Ambos saben que la *gran historia*, la historia de la especie

humana, no responde a leyes causales sino a una especie de por la cual nace, crece y muere. *Ser alguien* es sólo un episodio transitorio en la gran historia. Es esta sabiduría la que nos asegura que otra forma de vida es posible, una nueva forma que no se base en la exclusión de lo distinto. Son los nuevos movimientos sociales los que están construyendo esta nueva forma.

Bibliografía:

- Comandancia General del EZLN. *Cuarta Declaración de la Selva Lacandona*. México, 1996
- Kusch, Rodolfo. *América profunda*. Biblos, Bs As, 1999.
- Paris Pombo, María D. *Crisis e identidades colectivas en América latina*. UNAM, México.
- Rojas, Delia. "Tomas de tierras. Estudio del caso La Rubita, dado en la ciudad de Resistencia" En: *Actas de Reunión de Comunicaciones Científicas y Tecnológicas*, pp. 33-34. Corrientes, Universidad Nacional del Nordeste, 1997
- Villareal, Juan. *La exclusión social*. Norma, Bs As, 1996.